

# 1

## La universidad

—¡¡Culpable!! —dijo la jueza de un grito, con una voz que le daría un susto hasta al más feroz de los animales— al fuso azul Keniá se lo encuentra culpable de haber cometido uno de los peores crímenes de toda la existencia, intentar revelarse contra el fuso más grande de todos, nuestro padre, poseedor de todo lo que existe y lo que no, el mismísimo ¡Ankuru!, nuestro único señor. Nunca alguien había cometido semejante barbaridad. Si bien se han cometido miles de crímenes inauditos, jamás uno de tan terrible magnitud. Este crimen requiere toda la severidad de la ley. Como consecuencia, después de mucho meditar, los fusos cuatricolores de Kashtar han tomado la decisión de condenarlo al peor castigo de todos, el olvido y el encierro, peor aún que la muerte misma. Quitándole además toda capacidad propia de un fuso.

Como ofrenda hacia el señor para su perdón, los sabios han decidido que la joven hija del condenado será sacrificada delante de sus ojos arrancándole el corazón y elevándolo a la grandeza del señor Ankuru.

Keniá no lo podía creer. Aquí estaba. Así era. “Culpable”. No se esperaba menos pero, aun así, esa palabra fue como un golpe, el golpe más duro que jamás haya recibido, sonó de una forma dura, seca y cortante que penetró en su mente. Su cabeza estaba muy acelerada, no podía dejar de pensar en esa situación. “Culpable... ¿cómo puede ser? Olvido y destierro... no lo podía creer, de verdad prefería la muerte, eso hubiera sido mucho mejor, y muchísimo menos

doloroso. Pero aquí ya no tenía opción alguna. Es lo que es. Solo esperaba que esto que estaba viviendo no fuera realidad, que fuera solo un sueño, que esto no sea verdad y que de repente alguien lo sacudiera y todo siguiera bien, que todavía tuviera la oportunidad de realizar su objetivo, su propósito, su sueño. Que siguiera en pie, con fuerzas y toda su energía. Esa energía con la que nació que lo movía siempre a seguir buscando conocimiento, a seguir aprendiendo, a seguir ampliando su mente y sus horizontes, a intentar algo nuevo a cada momento, a querer cambiar las cosas, a hacer algo diferente. Pero no... esto era cien por ciento verdad, lo sentía, aunque no podía creerlo sabía que lo era, y no le quedaba nada más que hacer que esperar su condena...

Su hija, su pobre hija, su tesoro... ¿Que tenía ella que ver con todo esto? En realidad... nada en absoluto, pero a veces los cuatricolores son más crueles y fríos de lo que uno se puede imaginar. Será que les gusta la sangre, será que les gusta el sufrimiento ajeno, les gusta tener poder sobre otros y poder intimidarlos, o tal vez lo que les da placer es ver cómo alguien recibe su merecido. Pero esto iba más allá de la línea, Keniá se merecía el peor castigo de todos, no le importaba lo que le pudieran hacer, de verdad no le importa para nada, pero no su hija, ella no. Y lo que pasa es que ese es el peor castigo que alguien le podría dar, el sufrimiento de su hija. Un dolor tan grande como insoportable, no lo pensó de esa forma. Dicen que no existe peor dolor que la muerte de un hijo, pero Keniá aseguraba que peor aún era el presenciarla, y peor aún, que lo sacrifiquen de la peor forma delante de sus ojos sin poder hacer absolutamente nada. Tal vez eso querían los cuatricolores, que sintiera todo el dolor que un fuso pudiese sentir. Tal vez ese era el dolor que se merecía. Ya no tenía fuerzas ni energía para intentar algo.

Kenia no se dio cuenta de que había llegado el momento en el cual estaba acabado hasta que lo estaba viendo con sus propios ojos en ese mismo instante, no antes. Momento a momento su corazón se aceleraba cada vez más, podía sentir cada uno de sus latidos... su transpiración le empapaba el rostro, escuchaba su sangre correr por sus venas y le costaba demasiado controlar su respiración, sus piernas no paraban de temblar, ya no tenían fuerzas para sostenerlo y en cualquier momento se le vencerían. Su boca estaba seca, tenía mucha sed... Podía sentir cómo su mente se esforzaba por buscar una salida... pero ya no quería un escape, sabía también que era imposible salir de esta situación, pero su mente, como siempre, no se daba por vencida. Era algo inconsciente que no podía manejar, pero aun así la sentía trabajando.

¿Cómo podía ser que con toda su fuerza e ingenio no pudiera hacer nada? Tenía mucha más experiencia que todos los que estaban allí, además de que nació con algo particular con lo que ninguno de ellos contaba, algo propio de él. Pero aun así no podía ni siquiera moverse y cualquiera de sus jugadas estaba atentamente controlada, sus manos y pies estaban inmóviles, y por más fuerza que hiciera no podría liberarlas. Se encontraba prisionero sin posibilidad de acción. Privado de todo su vigor como fusos. Se sentía derrotado, pero solo por ahora. Hasta que volviera a juntar fuerzas y sabía que lo haría, entonces cobraría venganza... Nunca nadie volvió del olvido y el destierro. Algunos fusos que son desterrados y encerrados en *netsones* a lo sumo llegan a ser grandes prisioneros, pero no más que eso, y eso no es nada en comparación con ser un fusos, esos prisioneros viven en un engaño, viven durante ese minúsculo momento y espacio una gran mentira, una vida sin propósito, sin

posibilidades, una miseria, algo ínfimo, totalmente efímero... Keniá prefería estar antes muerto que ser encerrado en un cuerpo humano... Ningún fuso ha vuelto a pisar Kashtar después de la condena... ¿Y qué? A él no le importaba si nadie hizo antes nada, en todo caso él sería el primero. Miles de veces hizo cosas que nadie antes hizo, por algo se ganó el respeto de su clan. ¿Sería esta vez otra de esas veces? Estaba seguro de que sí.

Todos en Kashtar decían que era imposible regresar porque el olvido es eterno y por más intentos que se hicieran nunca podrían recordar esta vida. Aparte de eso, una vez que un fuso es encerrado en un asqueroso *netsón* lo pierde todo, nunca podrá volver a estar al magnífico nivel de un fuso, ni siquiera saber lo que se siente al haber estado en ese lugar, se acabó. *Netsón*. No había palabra que lo llenara más de asco que esa. ¿En qué falló? ¿Por qué lo atraparon? Ni siquiera llegó a tocarlo, ni siquiera pudo mirarlo a los ojos... estuvo a un paso de poder llevar a cabo el sueño que más anhelaba, y sin embargo se desmoronó delante de él. Tal vez eso era lo que más le dolía, y no que lo hayan atrapado, sino saber que estuvo tan cerca y sin embargo nada. Se retiró con las manos vacías y ahora están a punto de darle el peor castigo de todos. —El momento ha llegado —dijo la jueza cuatricolor— traigan a la niña.

Lentamente un verdugo trajo a la niña en sus brazos, la cual no dejaba de llorar ni de intentar escaparse.

—Keniá, fuso azul —interrumpió la fusa cuatricolor—, de inmediato se procederá a la ejecución de su hija. Esperamos que esto le sirva para que tome conciencia del terrible acto que intentó llevar a cabo y que el señor Ankiru la reciba como una buena ofrenda para perdonar su brutalidad, aunque

dicho acto no tenga perdón alguno en realidad. Es más que nada una simple disculpa. Solo queda esperar que se mejore allá en la eternidad.

Kenia no podía mirar. Vio miles de cosas terribles en su vida, pero esto era diferente, de verdad sentía que no podía verlo. No entendía cómo alguien podía ser tan cruel. Sabía que él se merecía su castigo, pero no su hija. Con los minúsculos movimientos que podía realizar, no se cansaba de repetir una y otra vez la frase “me la pagarán, me la pagarán” entre dientes. Su hija, su amada hija, estaban a punto de matarla delante de sus ojos y no podía hacer nada para evitarlo, jamás en su vida sintió tanta impotencia. Sintió un frío helado que le recorrió toda la espalda lentamente. Sus piernas no paraban de temblar, no entendía por qué no se desvanecía todavía, no entendía cómo hacía para seguir en pie si ya no tenía fuerzas para hacerlo, pero como siempre, aunque ya no quería, sacaba fuerzas de donde no las hay, no por nada, era un fusil. Por algo él era Kenia y no otro. Intentaba cerrar sus ojos a la misma vez que estaba apretando sus puños y sus dientes, pero ni siquiera podía hacer eso. No podía cerrar los ojos. Los dos fusiles cuatricolores que restaban y que se encargaban de custodiarlo se aseguraron de concentrar su energía para impedir que cerrara los ojos o desviara la mirada, teniendo que contemplar, quisiera o no, el horrible sacrificio de su hija.

Es algo que hicieron para asegurarse de que Kenia sufriera todo lo que pudiera sufrir. Sentía que estaba viviendo lo peor que le tocó vivir en su vida hasta el momento. No alcanzaban las palabras para describir lo que estaba sintiendo en ese mismo instante. Seguía con la ilusión de que esto fuese solo un sueño, y no más que eso. No quería ver semejante barbaridad, no podía soportarlo. Escuchaba el

llanto desesperado de su amada hija suplicando por su ayuda que le penetraba en la mente y le producía dolores en la cabeza y en el corazón.

Nunca sintió a su hija tan angustiada y desesperada, el llanto de la niña era un llanto desgarrador y ensordecedor cargado de mucho pánico. En ese instante Keniá pensó que él también podía morir en cualquier momento a causa de todo el dolor que estaba sintiendo, no podía aguantar tan terrible sufrimiento.

De pronto Keniá tomó conciencia del gusto salado en sus labios producido por una de sus lágrimas que llegó hasta su boca y de inmediato se puso a pensar. Intentaba recordar cuando fue la última vez que lloró, pero no conseguía hacerlo. Su hija, la más pura de todos los seres, tan pequeña, estaba a punto de ver la cara de la muerte. Con los ojos bien abiertos siguió escuchando los gritos de la niña, sabiendo que en cualquier momento se iban a callar. La sensación era terrible. Esperaba... Esperaba... Y continuaba esperando... contemplaba todo el sufrimiento de su hija, era inaguantable. Cada instante que pasaba podía sentir cómo su corazón se estrujaba del dolor. El verdugo, con mucha fuerza y brusquedad, ató a la niña a la mesa de sacrificios, empapada de sangre.

Keniá con los ojos bien abiertos contemplaba la escena y a la misma vez sabía que no había nada que pudiese hacer para evitar este momento, no podía volver atrás, no podía liberarse y escaparse con su hija. De repente, el verdugo alzó en lo alto una daga amarilla, alargada, pero sin filo y rápido hizo un movimiento brusco.

Keniá escucho el sonido del cuchillo rompiendo los huesos del pecho de su hija, un último grito ahogado con sangre y un silencio ensordecedor. Ese maldito silencio que

le anunciaba lo que ocurrió. Pudo ver como desde la mesa comenzaba a brotar un chorro de sangre... escuchaba atentamente cada sonido de cómo el verdugo despedazaba el pecho de su hija para llegar hasta el corazón y arrancárselo, ese sonido lo estaba enloqueciendo y retumbaba en su cabeza una y otra vez. Las piernas le temblaban a más no poder a la vez que sentía un gran nudo en el estómago que por poco logra que vomitase. Luego de un momento de intenso sufrir, Keniá logró ver cómo el verdugo alzaba en lo alto el pequeño corazón ensangrentado de su hija.

Su mente estaba en blanco, se sentía como si estuviese en trance. En ese mismo instante lo envolvieron unas profundas ganas de liberarse como fuese y matar con sus propias manos al verdugo, asesinarlo de una manera sumamente violenta, descargando toda la ira que sentía gracias a la impotencia que sufría en ese momento. En cuanto Keniá pudo terminar de asimilar todo lo que estaba pasando, se tumbó de inmediato en el suelo, destruido...

Realmente estaba hecho pedazos. Se sentía quebrado en mil partes. Se dio cuenta de que recién ahora era capaz de cerrar sus ojos y lo hizo de inmediato, no quería abrirlos, no podía hacerlo. Pensaba que si los abría tal vez su corazón explotaría de dolor. Las imágenes le quemaban la cabeza. Se refugió un pequeño instante en su mente. Pocos comprenden el amor que Keniá sentía por su hija. Era un amor que iba más allá del amor común que cualquiera pudiese sentir por los suyos. Era un amor diferente. Él era diferente. Su hija era diferente. Su forma de amar era única en el universo y no desperdiciaba su amor ni su cariño en cualquiera, nadie se ganó nunca su amor en la forma en que lo hizo su amada hija.

Keniá vio miles de cosas terribles a lo largo de toda su vida. Hizo cosas que estaba seguro de que nadie hizo antes

y se enfrentó a las peores situaciones, pero aun así sentía que nada se comparaba con esto. Esto era algo que sobrepasaba todos los límites de su *ser*. No era un loco. Sabía muchísimas cosas, pero también era consciente de que eran muchísimas más las que desconocía. Siempre supo que era solo un ignorante, pero un gran ignorante y siempre le gustó conocer y aprender algo nuevo. Este dolor que sentía ahora era algo por completo nuevo, no se comparaba con ningún otro dolor que hubiese sentido antes. No solamente el dolor, sino todo lo que estaba viviendo ahora era desconocido y desagradable, no lograba que encajara con él, no era capaz de asimilarlo del todo.

—De pie —dijo la jueza cuatricolor.

Keniá no se quería levantar, en realidad no tenía fuerzas para hacerlo. Sin embargo, pudo sentir como los fusos cuatricolores guardianes de la divina autoridad lo levantaban por la fuerza con *cuerdas de energía*.

—Keniá, en breve se acabará con usted. Procederé a explicarle su condena... Será encerrado de forma eterna en un *netsón* —Le decía la jueza mirándolo a la cara—, una vez que su *netsón* se deteriore demasiado y ya no pueda soportarlo o accidentalmente se destruya, los astros le asignarán uno nuevo sin la posibilidad de que en el momento de intercambio de *netsón* usted pueda regresar a Kashtar. Durante su encierro no podrá recordar absolutamente nada de lo vivido en Kashtar, jamás recordará haber sido un fuso y haber gozado de todos los beneficios que ello implica, no recordará nuestro lugar ni nuestros momentos... de igual manera al ser encerrado en un *netsón* perderá la capacidad de manipular directamente la energía de forma automática.

Por otra parte, se le extraerá su *ser* y este será arrojado al mar del *ser* donde nadará eternamente, de manera



que una vez que sea encerrado en su *netsón*, para usted lo que pasó aquí será como si nunca hubiera ocurrido. Vivirá con un concepto nuevo para usted llamado “tiempo” bastante particular y muy alejado de la realidad. Tendrá que conformarse con llevar una vida efímera, aburrida, y privada de casi todo saber. No podrá gozar del placer que implica el puro conocimiento ni la manipulación directa de la energía. Queda usted condenado eternamente a tener que repetir una y otra vez la misma historia, de no saber nada, de no recordar nada, y ser miserable. Le queda totalmente denegada la posibilidad de la muerte. No queda más que decirle. ¿Desea pronunciar algunas últimas palabras antes de que le removamos su *ser*?

Keníá concentró toda su fuerza en su mirada y la dirigió a los ojos de la jueza, una mirada totalmente intimidante y amenazadora.

—¡¡Volveré!!—gritó sin dejar de mirarla.

La jueza hizo una mueca burlona y respondió:

—No me diga. Con gusto lo esperaremos Keníá... Buen viaje.

Keníá pudo ver como la fusa cuatricolor se acercaba lentamente mientras él estaba por entero inmóvil. Se detuvo a unos cuantos metros de él y abrió su puño delante de su cara mostrándole la palma de la mano. De forma brusca y violenta la jueza comenzó a extraer el *ser* de Keníá. Keníá, el fuso azul comenzó a experimentar en ese instante la peor sensación que jamás hubiera sentido. Fue como si le estrujaran el cerebro y el corazón a la misma vez, como si le estuvieran revolviendo todos los órganos internos con algún aparato invisible pero doloroso. Insoportablemente inaguantable...

Luego, cuando todo aquel sufrimiento hubo terminado, Keníá sintió un vacío inmenso en su interior, un

ardor doloroso por todo su cuerpo y una sensación de sorpresa extraña. No sabía quién era ni donde estaba.

Estando cara a cara, la jueza levantó su mano derecha y lo tumbó de una cachetada.